

# QUEREMOS TANTO A HUGO RETRATO COLECTIVO DE UN ARTISTA ENTRAÑABLE

Marina Vázquez, Miryam Burgués, Fabiana Godano,  
Hugo A. Anderson, Fernando Silvar, Jorge Reynoso Aldao,  
Roberto Schneider, Carlos Falco, José Pérez Schechtel,  
Silvia Debona

Hugo A. Anderson fue miembro fundador de Casa de la Danza, espacio y proyecto de los años 80 al que este número 2 de nuestra revista le dedica la sección Mapas. Artista inquieto y multidisciplinar, Hugo fue además parte nodal de la Sastrería Teatral Anderson-Silvar. Este emprendimiento vistió la escena de la ciudad de Santa Fe durante más de quince años, tarea que luego de su triste muerte continuó Fernando Silvar, su compañero. Pensar las corporalidades en el arte escénico fue el puntapié inicial de este número de ~la boya~, un tema por demás relevante en la vida de Hugo: actor, bailarín, vestuarista, docente... La enorme resonancia que aún tiene su paso por la escena santafesina nos llevó a recopilar estos relatos, algunos actuales, otros rescatados de los archivos, para dar testimonio del entramado histórico que nos sostiene como comunidad escénica y que tiene en Hugo un soporte amoroso y extraordinario.



# 2 / Pulsos de una escena  
en movimiento





### Marina Vázquez

---

Hugo Anderson.

Silente. Traslúcido. Etéreo. Laborioso como el que más.

Presente. Constante. Suave y firme. Cuerpo y alma.

Te quise tanto, amigo.

Te fuiste un día en tu bicicleta. Voladora.

¿Dónde te espero, amigo? ¿En el Club Sargento Cabral? ¿En la Marechal?  
¿En el Centro Cultural Provincial? ¿En la Casa de la Danza? ¿En la Sastrería  
Anderson–Silvar? ¿En la cocina de Alejandra Klimbovsky, tomando café con  
facturas? ¿Con Miryam Burgués?

En los altos de la farmacia. San Martín casi Tucumán.

Años de búsquedas creativas. Rigor. Aprestamiento corporal. Aprendizajes.  
Amor a la danza. Desafío. Coraje y talento.

Cuánta historia en común. Cuánto deseo desplegado. Cuánto amor.

Por Alejandra, Miryam, Hugo, Fernando, Rody Perazzo.

Y por tantos más.

¡Por el teatro!

¡Salud!

## Miryam Burgués<sup>1</sup>

---

Cinco años y medio de tu desaparición física es una medida de tiempo que solo agranda tu presencia. Tu práctica y tus aportes teóricos están presentes en el cotidiano construir del *métier* educativo. Construir en el sentido más profundo donde el docente es un investigador permanente de mente abierta y espíritu crítico. A tu excelencia como educador no se la puede separar de tu condición de artista —actor, vestuarista y bailarín—, ni de tu amplia formación cultural e intelectual. Pero somos conscientes de lo difícil que es definirte esquemáticamente, encasillarte en alguna de tus tantas especialidades, sin desmerecer lo importante que es la totalidad humanística de tu corta pero fructífera vida.

La memoria, el reconocimiento, es esencialmente un compromiso con el presente y un desafío hacia el futuro. Seguir tu ejemplo implica para nosotros un desafío diario, donde el estudio y la investigación son las constantes. Repasando algunos de tus materiales —apuntes, programas, propuestas de trabajo, etc.— es fácil ver que eran el resultado de una búsqueda permanente, superando obstáculos, renegando de todo conformismo; era inconcebible que te repitieras, que llegaras a un curso y sacaras un viejo apunte y dictaras una clase de memoria, por fiaca intelectual. Cada hora de cátedra era motivo de reflexión; todo se podía mejorar, enriquecer, elevar, pues de lo contrario lo considerabas una falta de respeto al educando y a ti mismo.

Un espíritu y una mente libres como los de Hugo eran la contracara de la idea de que el mundo y la vida son inmutables de una vez y para siempre; su alegría de vivir era entendida como la posibilidad cierta de que podemos ser artífices de nuestra propia historia, desde el modesto lugar en el que estamos parados. Importante legado en este tiempo de escepticismo, de cinismo, de sálvese quien pueda, de individualismo feroz.

Tus colegas tuvimos el privilegio de contar con tu integral y enriquecedor aporte: aporte sin cortapisas ni mezquindades, ni mucho menos vedetismos personalistas.

Por todo lo antes dicho queremos rendirte este pequeño homenaje, que para nosotros es un compromiso de vida, una definición profesional y una concepción estética, en lo cultural y artístico.

Pero, más allá de este puntual homenaje, queremos reafirmar, con nuestra participación activa, el compromiso con la transformación de la institución, que está empeñada en defender su calidad académica y superarse, insertándose, mediante

<sup>1</sup> / Palabras de la autora en la inauguración del aula que lleva el nombre de Hugo en el Liceo Municipal de Santo Tomé, 2001.

el Trayecto Artístico Profesional, en un proyecto educativo nacional que dé perspectiva a nuestro trabajo, aun en estos tiempos. Tiempos duros, signados por los fríos números de aquellos que ven la educación —y en particular la educación artística— como un gasto superfluo y no como la importante inversión que es.

Este será nuestro cotidiano compromiso con el colega y amigo Hugo A. Anderson.

### Fabiana Godano

---

Al cerrar Casa de la Danza, la actividad se trasladó a lo que era el espacio de la Sastrería Teatral Anderson–Silvar, que estaba en calle San Martín, en una planta alta. Ahí Hugo me dio el primer aventón hacia la docencia, me dijo “vos podés trabajar con los chicos”. La Sastrería estaba atrás, a un costado, y adelante había un espacio donde se daban varias clases. Yo trabajaba con los pequeños y pequeñas en todo lo que tenía que ver con danza, y con la danza vinculada con el teatro. Ya me estaba involucrando con eso, alentada por Hugo. Fue una experiencia maravillosa poder formar parte de ese equipo.

Creo que hay que poner un énfasis en la figura de Hugo, pienso que no ha tenido el reconocimiento que se merece, a lo mejor porque murió muy joven, murió hace 27 años. Yo lo sigo registrando como mi mentor, como mi amigo del alma que será siempre quien me enseñó a organizar los vestuarios antes de salir escena, cómo ponerlos, dónde ponerlos para que fuera más rápido el cambio cuando tenía que hacer siete personajes en la primera obra de teatro formal que hice. Ahí fue María Rosa Pfeiffer quien me llegó a decir “vos podés actuar”. ¿Yo? No, yo soy bailarina. “No, vos sos actriz”. Y terminé actuando siete personajes, cantando.

Casa de la Danza siempre va a ser el nido desde donde partí y el espacio que me formó con esa flexibilidad, con esa posibilidad de pensar el arte como una sola cosa que se mueve y está viva; quizás vive un poco más en un área, quizás vive un poco más en otra, pero están todas en juego siempre. Y eso se lo debo a Hugo, a Ale, a Miryam, sobre todo a Hugo, quien puso en juego tantas cosas y tanto amor en todo lo que hacía, siempre. En el campo de la danza, hablar de amor es bastante complejo porque es muy competitivo, y era algo que no pasaba en Casa de la Danza, nunca pasó, y eso se puede valorar muchísimo.



*Antón Pirulero ¿cada cual, atiende a su juego?  
Casa de la Danza.*

\* Los textos que siguen pertenecen al programa de mano de la exposición “15 años vistiendo al teatro” de la Sastrería Teatral Anderson-Silvar, llevada a cabo en 1995 en el Teatro Municipal 1º de Mayo de la ciudad de Santa Fe (04/05/1995) y en el Teatro Municipal 3 de Febrero de la ciudad de Paraná (10/08/1995).

### **Hugo Alberto Anderson – Fernando Silvar**

Somos gente de teatro, no hay límite entre el actor y el vestuarista; no podríamos elegir entre una u otra función, por eso en cada diseño, en cada traje, aunque lo lleve otro actor, aparecen nuestras vivencias.

Después de quince años descubrimos que tenemos una historia que es parte de la historia de muchos; creemos haber interpretado sus ideas, sus imágenes, sus fantasmas. Para eso estamos.

### **Jorge Reynoso Aldao**

En aquella remota “época de oro” del teatro independiente, muchas cosas se hacían “a los ponchazos”, es cierto. Pero también es cierto que la mayor parte de esas cosas salía bien y hasta muy bien.

Por esos años, todos vibraban en la misma cuerda: un flamante e inocente enamoramiento por el teatro. Creían en el teatro con la misma fe con que esperaban un mundo mejor. Después de los ensayos se los veía en los museos y en los conciertos, en los debates del cine club y en los bares, siempre con un libro bajo el brazo con el que se enriquecían, enarbolando sin descanso los “postulados del teatro independiente”.

En aquella legión santafesina de artistas-intelectuales estuvo enrolado Fernando Silvar, actor, técnico y vestuarista, luego junto a Hugo Alberto Anderson.

A lo largo de estos tres lustros que celebran, han disimulado su rica experiencia y artesanal sapiencia de los secretos escénicos bajo el modesto rótulo de “Sastrería Teatral”. Y desde ese reducto ejercen un reinado servicial, una vocación de servicio artístico que renace con cada proyecto y florece cada vez que se ponen de pie los gloriosos mascarones que nos hacen reír o llorar, ataviados por Anderson-Silvar para regalarnos ese eterno goce vital que se llama teatro.

### **Roberto Schneider**

Los vestuarios creados por la Sastrería Teatral Anderson-Silvar son casi siempre algo más que un diseño refinado, riguroso e imaginativo, y que una buena realización artesanal. La firma de Hugo A. Anderson y Fernando Silvar otorga a todos ellos una teatralidad esencial. La caracterización del personaje a partir de la indumentaria, del maquillaje, del accesorio, de la máscara, ha sido siempre en las manos de estos creadores un sagaz entramado de informaciones donde el color, el material, la construcción del figurín, puede modularse hasta el infinito.

Desde sus inicios, el sello Anderson–Silvar en el vestuario ha sido especialmente destacado y valorado. Sus creaciones suman, con una naturalidad sorprendente, una gran perspicacia en la alusión a la representatividad social del vestido y toda la capacidad de aventura semántica de los materiales. Tanto en el simulacro de la realidad como en el invento total, las caracterizaciones y las indumentarias ideadas y realizadas por Anderson–Silvar suelen ser elementos de valor decisivo en la contextualidad de los personajes.

Pueden recordarse trabajos de real envergadura, con la inspiración de sus creaciones más estilizadas a partir de sutiles y a veces atrevidas injerencias en el tratamiento de la forma, del color, del material, inclusive del volumen. La caricatura, la parodia, la realidad, la fantasía, han sido caminos unívocos por el rigor y la imaginación de estos señores de la escena santafesina. Los vestuarios de la Sastrería Anderson–Silvar facilitan, sobre todo, y más allá del hecho plástico, la relación del actor con el personaje y con el contexto dramático. Por supuesto que a ese resultado se llega por varias razones, pero una es esencial: el amor por el hecho teatral. O, lo que es mejor, la idea de que el teatro es algo más que un pálido reflejo de la realidad, convirtiéndolo en fuente de energía creativa para poder transformarla.



### **Carlos Falco**

En el verano de 1978, con el estreno de *El Reñidero*, de Sergio de Cecco, NUESTRO TEATRO inaugura un brillante ciclo y protagoniza, con distintos actores y directores, una década de importantes producciones. *Vincent y los cuervos*, de Pacho O'Donnel; *Marat–Sade*, de Peter Weiss; su creación colectiva *Vidrio Molido*; *Aquella Noche de Corpus...*, de Mateo Booz, entre otros montajes, escriben la historia de un grupo que surge, entre otras causas, como núcleo de autodefensa cultural en los difíciles años de la dictadura militar, y que culmina exitosamente su ciclo con la puesta en escena de *La Gaviota*, de Antón Chejov, en 1991.

Así, NUESTRO TEATRO participa activamente del despegue teatral de los '80. Fernando Silvar y Hugo A. Anderson, integrantes del grupo, diseñan vestuarios, desempeñan otros roles y participan a su vez como actores: la creación misma de la Sastrería Teatral está vinculada a los inicios, en particular de NUESTRO TEATRO y, en general, del movimiento teatral de los '80.

Desde aquella época he mantenido, en lo artístico y personal, un estrecho vínculo con la Sastrería Anderson–Silvar, la que ha sido realizadora de los vestuarios de la mayoría de los trabajos que he dirigido.

Con Fernando, en particular, no solamente he compartido la mesa de trabajo y el escenario, sino también la cátedra en el Liceo Municipal. Es por eso que estas líneas implican no solo una valoración de carácter profesional, sino fundamentalmente, el afecto que me liga a una persona sensible a las problemáticas del teatro y el arte, a un gran ser humano.

A su lado, cada obra, cada montaje que he realizado como director, o como miembro del grupo en otros roles, ha sido para mí una experiencia de aprendizaje de gran valor. Porque el vestuario es un disparador de la acción, una herramienta necesaria para potenciar los recursos dramáticos, los movimientos internos y manifiestos del actor.

Porque es parte indisoluble del arte de la actuación, de la morfología del personaje y de su concepción, de la imagen teatral global. Fernando y Hugo conocen a la perfección estos mecanismos, estos códigos de interacción teatral, y todos los secretos del oficio.

A la permanente predisposición para penetrar en el mundo imaginario del director, Fernando y Hugo agregan la propiedad de dotar a sus trabajos de una estatura estética notable. Con los escasos recursos con que generalmente cuenta el teatro de arte en la Argentina, han sabido encontrar las fórmulas para que nuestros espectáculos siempre se presenten con un nivel de dignidad y calidad visual solo posible gracias al talento y la sensibilidad de artistas como ellos.

Por todo esto, afirmo que esta MUESTRA y EXPOSICIÓN es un justo y merecido reconocimiento para quienes, con su saber y hacer, vienen contribuyendo a que la ciudad de Santa Fe tenga un arte teatral propio.

La SASTRERÍA TEATRAL ANDERSON-SILVAR es un eslabón estratégico en la cultura viva de Santa Fe, un taller, y un lugar de inspiración para quienes amamos este arte apasionante y efímero que es el teatro. (Abril de 1995)





Susana Silvar, Alejandra Klimbovsky, Hugo A. Anderson y Miryam Burgués en Casa de la Danza.

\* A continuación, compartimos fragmentos del artículo periodístico "Treinta años de actor y una sastrería teatral en la ciudad", realizado por José Pérez Schechtel con entrevistas a Fernando Silvar y Hugo A. Anderson, publicado en el diario Hoy el 8 de octubre de 1986.



### Hugo Alberto Anderson

En este lugar se respira un aire distinto. Hay olor a épocas distintas; se perciben vivencias extrañas en cada percha colgada; los rumores ganan cada pliegue de seda o lienzo. Dos motivos nos reunían en este lugar: treinta años dedicados al teatro por Fernando Silvar y la única sastrería teatral de la ciudad. Un domingo y un rumor de tormenta. Los escenarios están lejos. El misterio, la magia del espectáculo comienza aquí. Hugo Anderson trabaja junto a Fernando en la sastrería. Hace una semana terminaron el vestuario completo para *Muchas felicidades*, obra que acaba de ser estrenada en Paraná y que dirigió el santafesino Raúl Kreig, con el elenco del segundo nivel de la escuela de teatro de la Alianza Francesa de la ciudad entrerriana. Ahora, sobre la mesa de trabajo hay moldes y bocetos de otro vestuario, este es para la puesta de *Yvonne, princesa de Borgoña*, que pondrá en escena la escuela de teatro de Nuestro Teatro, en Santa Fe.

“Yo comencé en el año 1966 —nos dice Anderson— con la escuela de teatro de la Biblioteca Mitre. Después di vueltas hasta encontrar en una síntesis que abarca la danza, la técnica corporal y el trabajo actoral, una forma de expresión. Paralelamente fui desarrollando la tarea de escenografía y vestuario a partir de un curso que tomo en el año 1976, que dictaba Fernando en el Liceo Municipal, dentro de la carrera de artes visuales. Más que el diseño me gusta definir y conducir la realización del vestuario, que es un poco comprender el boceto de otro y llevarlo a la práctica, tarea que conduce a un acto de creatividad. Creo que es fundamental el hecho de que cuando nos ponemos a trabajar sobre un determinado vestuario aparezca toda esa otra experiencia que uno vive como actor. El vestuario puede ser muy bello, pero si no está interpretado en función del actor no sirve”.

### Marina Vázquez

Fernando Silvar y Hugo Anderson, Hugo Anderson y Fernando Silvar. Dos demiurgos de las telas y los objetos. De los detalles y las máscaras. De las muselinas y los paños. Del vestuario teatral.

A metros de la plaza Constituyentes. Un pasillo, un pequeño departamento nos da acceso a la maravilla. Un sinfín de diseños y realizaciones. Coser y modificar una y otra vez. La Casa de la Danza y la Sastrería Anderson–Silvar entretreídas en numerosos montajes.

## Silvia Debona

---

San Martín 3533, planta alta. Escalera empinada, bicicleta de carrera (tuya), bicicleta de carrera, demasiado alta y vieja (mía), enganchada al pasamanos (¿había pasamanos?). Sonido de la máquina de coser. Estás trabajando. Reacondicionamiento de un vestuario anterior o nuevo vestuario. No importa. Cualquier trapo se transforma. Meticuloso, estirás, planchás las telas, nuevas o recicladas, no importa (no decíamos recicladas en los '90). Algunas telas fueron enjuagadas para que no encojan al lavarlas o llevarlas a la tintorería. Mucho lienzo. Tafeta. Chifón. Sí, chifón. Para *Ludo, juego de dioses*. Los dioses llevan chifón. Los diseños ideales de Fernando se materializan y se rediseñan en tus manos. Cigarrillo en el cenicero. Particulares. Negros. Te decía: nunca voy a entender por qué los bailarines fuman. Te reías y me decías que muchos fumaban, como Mario (Giromini Droz). Tomábamos mate, lavados. Termo violeta claro, yerba CBSé (¿sí? no importa). Me recuerdo sentada viéndote en la máquina de coser haciendo magia con retazos (un arlequín por ahí...). Y hablábamos. Mucho. De todo. De teatro, de tus desopilantes historias familiares que siempre te pedí que escribieras (como la de la vaca que entregaban a las palometas para sacar a las otras de las islas). Recuerdo tu andar. Elástico. Había como un no sé qué de resorte que te llevaba hacia arriba. Morrudo. Compacto. Viril a tu manera (muy Mercury). Pelo corto de Liceo Militar, medio rubión. Recuerdo tu risa, muchos dientes. Impostada al bailar, franca al hablar. Y tu carcajada, cabeza hacia atrás y fuerte. Eran los viernes. Era el día en que pasaba por ahí. Y me quedaba horas. Del taller al depto de Fernando. Invitación a comer (tartas o raviolos de Fernando, riquísimos). Una peli. A veces otra. En video. Un par de veces me quedé a dormir, se había hecho muy tarde. ¿Por qué me cuesta tanto escribirte, escribir sobre vos? No importa. Lo estoy intentando. Hugo A. Anderson (la A de Alberto, si mal no recuerdo, no importa). No importa cómo construimos el recuerdo en la medida en que recordemos. En que te recordemos. Te fuiste tan pronto. Te llevaste todo lo que fuimos, todos los que fuimos con vos. Te llevaste tus recuerdos sobre quiénes éramos. Y nosotres hoy intentamos decir y decirnos quién fuiste. Para nosotres, para el teatro, para la danza, para la sastrería teatral. De a retazos construir el mejor traje que te podamos hacer, tu traje nuevo de emperador. Porque esto sí importa, una invisible red de recuerdos. Hola Hugo. ~

En el centro, Hugo A. Anderson y Fernando Silvar durante la apertura de la exposición “15 años vistiendo al teatro” de la Sastrería Teatral Anderson–Silvar, en el Teatro Municipal 1º de Mayo de la ciudad de Santa Fe (04/05/1995).



Para citar este artículo:  
Vázquez, M.; Burgués, M.;  
Godano, F.; Anderson, H.;  
Silvar, F.; Reynoso Aldao, J.;  
Schneider, R.; Falco, C.; Pérez  
Schechtel, J.; Debona, S.  
(2023). Queremos tanto a  
Hugo. Retrato colectivo de un  
artista entrañable. *la boya,*  
*revista de artes escénicas*, 2(2).  
Universidad Nacional del  
Litoral.

DOI: 10.14409/lb.2.2.e0016